

REFORMA Y REVOLUCION EN HISPANOAMERICA

Con la celebración, preparada para mediados de este mes de abril, de la Conferencia de presidentes de la Organización de Estados americanos—O.E.A.—podría hablarse de la terminación de una época en las relaciones interamericanas. Cualquiera que fuese el resultado—no sería prudente esperar que se produjesen resultados sensacionales, en el terreno práctico por lo menos; a lo sumo declaraciones esperanzadoras o altisonantes—, alguna significación se podría dar, evidentemente, algún sentido se ha de dar, sin duda, al propósito de reanudar la costumbre, que había llegado a tener pretensiones de ley, de la regular celebración, cada cinco años, de la Conferencia Interamericana. Las convocatorias y los esfuerzos que se hicieron por seguir adelante con la costumbre, con la celebración de otra conferencia cinco años después de aquella de Buenos Aires, con la asistencia del general Dwight D. Eisenhower, entonces presidente de los Estados Unidos, se fueron aplazando, alterando y, finalmente, olvidando. Hasta el punto de haberse alterado el ritmo de tal manera que pasaron desde entonces otros cinco años, y más todavía, para acabar, al fin, en la celebración, el pasado febrero, de dos conferencias simultáneas, una extraordinaria—la tercera—y otra ordinaria—la undécima—de ministros de Asuntos Exteriores de la O. E. A., en Buenos Aires, de una de las cuales salió el acuerdo de la celebración de la conferencia de presidentes, en Punta del Este, y de la otra la reforma de la Carta de la O. E. A. y el propósito de crear, a lo largo de la década que viene, un Mercado Común hispanoamericano.

Por tanto, si el acontecimiento principal, esa conferencia de presidentes, no llegase, por los resultados que de ella saliesen, a tener la categoría necesaria para tomarla como el punto de partida, como una especie de vertiente histórica, para el comienzo de una nueva era—y para dejar atrás, por consiguiente, la anterior—entonces habría de pensarse en la importancia de esas dos conferencias

simultáneas de ministros de Asuntos Exteriores o cancilleres, como se suele decir por Hispanoamérica. En cualquier caso se trata de acontecimientos especiales que bien merecen que se les preste alguna atención. A los acontecimientos en sí y, mucho más todavía, al mundo en que se producen, que por razones no siempre de fácil explicación se ha mantenido un poco al margen de las grandes corrientes históricas.

Cualquier cosa casi que pudiera suceder en cualquier parte del mundo está llamada a despertar algún interés. Siempre que se trate del problema fronterizo entre Marruecos y Argelia, de la declaración unilateral de independencia de Rhodesia, de la insinuación de que el Gobierno inglés podría decidirse a solicitar el ingreso en la Comunidad Económica Europea, o del triunfo «sensacional» de un nuevo partido en Holanda que inesperadamente salta de la nada a tener siete diputados, algo así como el 4 por 100 de la representación total del pueblo holandés en la Segunda Cámara del Parlamento. Por no aludir siquiera a otras cosas capaces de crear, quizá con justificación sobrada, una sensación de angustia internacional, como el resultado de unas elecciones generales en la India, por tenerse el presentimiento tal vez de que acaso se hubiese tomado una decisión no tanto de vida o muerte para millones de seres, a causa del hambre y la falta de la debida solidaridad para mitigar las consecuencias de una devastadora sequía, como de vida o muerte para una democracia que para contar con vehículos adecuados de expresión entre una población analfabeta en su inmensa, abrumadora mayoría, ha tenido que recurrir a los símbolos: una yunta de bueyes, una escalera, una hoz y martillo, una cabaña, y así sucesivamente, hasta la docena y media o las dos docenas.

Por Hispanoamérica, en cambio, puede haber elecciones, golpes de Estado y hasta revoluciones sin que por el exterior, en una gran mayoría, se produzca la impresión de que la cuestión preocupa o interesa más allá, tal vez, de la necesidad que se puede sentir en un momento dado de estar un poco al tanto de lo que pasa por todo el mundo. Cuando por casualidad se oyen palabras como las de Teodoro Moscoso, el primer administrador del programa de la Alianza para el Progreso: «La alternativa no está entre *el statu quo* y la revolución violenta. Está entre la revolución pacífica o violenta», lo normal es adoptar un gesto de sorpresa, quizá de asombro. No porque en realidad se tema, de pronto, que pudiese ocurrir «cualquier cosa» en Hispanoamérica, o Latinoamérica, que es como muchos prefieren decir, sino por los extremos a que un hombre, influenciado por la técnica moderna de la publicidad a base de *shock* y emociones, está dispuesto a llegar con el propósito de llamar la atención.

Y, sin embargo, por Hispanoamérica han ocurrido grandes cosas, están ocurriendo todavía y es del todo probable que muy grandes cosas estén también en estado de gestación. De hecho, por Hispanoamérica se ha dado todo lo que ha podido llamar poderosamente la atención en otras partes y regiones del mundo. Con frecuencia, con anticipación también. A veces con mucha anticipación.

Cuando se habla de la descolonización de Africa como un fenómeno histórico original, único, a nadie se le ocurre volver la vista hacia atrás para pensar un poco en lo que sucedió por la mayor parte de Hispanoamérica a lo largo de la primera mitad del siglo pasado, un proceso general, rápido y victorioso, de independencia. Ni se piensa en lo que bien pudo ser la influencia decisiva que acabó desviando sus resultados de lo que acaso pudiera haber discurrido por caminos de tanta originalidad y promesa, por lo menos, como lo que sucedió por otra porción del mismo continente. Ni, más inexplicable todavía, en los grandes, dislocadores—revolucionarios—acontecimientos que se produjeron posteriormente, como los que empezaron en Méjico en 1911 y que bien merecen un sitio en el capítulo de las grandes revoluciones, al lado de la francesa y la rusa, mucho más por las consecuencias que por los hechos en sí, de larga, devastadora duración.

Ni ha sido juego de niños, de generales o de demagogos exclusivamente lo que ha venido sucediendo después, que cae completamente de lleno dentro de nuestros mismos días, lo que hace más imperdonable esa actitud, por lo general alegre y despreocupada, con que se ha venido siguiendo, se sigue todavía, la marcha de los acontecimientos por esa parte de nuestro planeta. Una actitud que hace pensar que el futuro—a veces en el presente también—sólo depende del resultado de los incidentes entre árabes y judíos por las proximidades de las fronteras de Israel, de las diferencias y disputas entre unos árabes y otros, de la prolongación de la guerra del Vietnam, del resultado de la «revolución cultural proletaria» en China o de los esfuerzos por negociar un tratado de no proliferación de las armas nucleares. Todo lo demás carece de tal modo de significación que no vale la pena conceder la menor importancia a hechos como los tres grandes movimientos, de naturaleza esencialmente revolucionaria y características muy dignas de atención, que se han producido por Hispanoamérica después de la revolución mejicana, hasta llegar en el caso de uno de ellos por lo menos, a producir la impresión de que su única, correcta interpretación, es la que llega o puede llegar de los Estados Unidos.

* * *

Cualquiera que sea la interpretación que se de, la reacción que produzca un fenómeno como el peronismo, lo menos que se podría pensar es que se trata de algo que carece a un tiempo de importancia y de originalidad. En el estado de evidente turbulencia en que había caído la vida política—la económica también—de la República Argentina, de un país que parecía haber alcanzado un alto nivel de estabilidad, víctima del ambiente desquiciador del período entre las dos grandes guerras, con una significación muy especial para Hispanoamérica, surgió un movimiento que, salido en realidad del Ejército—de un Ejército que desde el golpe contra Hipólito Irigoyen no había dejado de influir de una manera directa o indirecta, pero siempre decisiva, en la vida política de la nación—acabó enfrentándose con el Ejército. O con el Ejército enfrentándose con lo que, desde el poder, dedicó especial atención a la creación y desarrollo de una base no militar sobre la cual descansar para dar forma y contenido a un régimen que se decía ser *justicialista*.

Se ha podido insinuar que la razón fundamental de la caída del general Juan Domingo Perón, como consecuencia y desenlace, conviene no perderlo de vista, de una sublevación militar que fue seguida de un Gobierno provisional de dirección neta, inconfundiblemente militar, ha sido el no haber dado un contenido, un fondo característicamente obrero al ancho y poderoso movimiento sindical que le permitió sentirse tan fuerte, tan seguro, que pudo ignorar o dejar reducidas a posiciones de neta inferioridad a las fuerzas de donde había salido y que, de hecho, le habían llevado a la Casa Rosada, la más alta expresión del poder político en su patria. Si así hubiera sido, es de suponer que el alzamiento militar que acabó con los diez años del régimen de Perón se habría producido antes. Aunque sólo fuese en el intento desesperado de reaccionar contra una desvirtuación tal del movimiento peronista que hubiera terminado, de tener éxito, en la instauración desde el poder de un régimen de clase, proletario.

En cuanto a lo demás, valdría la pena calar un poco por debajo de la superficie en busca de una explicación satisfactoria a esa extraña persistencia de la influencia—la realidad también—del peronismo al cabo de todos estos años de esfuerzos y maniobras por dislocarlo, desorganizarlo y, en definitiva, destruirlo.

Se ha hablado mucho, se habla mucho en estos mismos momentos, en particular con referencia a Hispanoamérica, del *nasserismo*, con miras a la definición—presentación más bien—de lo que se insinúa como algo radicalmente nuevo y original: la politización del Ejército y su conversión en una fuerza de poder o con la aspiración de alcanzar el poder convertido en el vehículo que haga posible el alcance de ciertos objetivos de unas características sociales muy

definidas. Pero el peronismo está colocado históricamente antes, no después, ni siquiera al lado, del nasserismo. Y en cuanto al contenido políticosocial, no se podría pensar en que, de haber alguna originalidad auténtica en uno, otro o ambos movimientos, los mayores y mejores derechos de *copyright* no deben pertenecer al nasserismo.

Lo que en la Argentina, con Perón, fue un simple escorzo, alcanzó en Bolivia, con Víctor Paz Estenssoro, un pleno desarrollo civil, no militar, con la destrucción deliberada y casi total del Ejército, dejando que el vacío producido fuese llenado por una milicia armada y revolucionaria, salida del régimen, y garantía, por tanto, de seguridad y permanencia. La tendencia, nada nueva ni original, a combatir a un Ejército al que se acusaba de inclinación a intervenir en la política, se definió como uno de los rasgos salientes y distintivos de la revolución boliviana. Para repetirse, con brutal decisión absoluta, en Cuba, unos pocos años más tarde.

Si en Bolivia quedó todavía un vestigio del Ejército, en número, armamento y posición totalmente supeditados a la milicia de mineros, en Cuba, con Fidel Castro, la desaparición y reconstitución del Ejército ha sido total.

Se puede, pues, hablar de alguna analogía, por lo menos en el fondo, entre estas tres revoluciones que han tenido como escenario una porción del panorama hispanoamericano de los últimos veinte o treinta años. Lo que empezó en la Argentina, con un alto contenido social y la creación, desde el poder, de una fuerza capaz de convertirse en un motivo de muy seria preocupación para el Ejército, adquirió unos rasgos inconfundiblemente revolucionarios en Bolivia, al procederse allí no sólo contra el Ejército, sino contra la clase propietaria también, para alcanzar en Cuba una total realización, con la sustitución radical y absoluta del Ejército por una milicia popular armada, la expropiación y colectivización de la propiedad privada, en particular la propiedad en gran escala, tanto de la tierra como industrial y urbana, hasta dar un paso más, altamente significativo, al enfrentarse resueltamente con los Estados Unidos.

* * *

Si en los aspectos militar y social cada una de estas revoluciones producía la impresión de ir más allá que la precedente, en el caso de la última, la cubana, se dio una nueva nota de originalidad al adoptar una actitud de enfrentamiento resuelto, incondicional, con los intereses norteamericanos. Con lo que, a lo largo de los años, se había convertido en un factor importante, decisivo

con frecuencia, en la vida de Hispanoamérica y que, en definitiva, había tenido alguna influencia, por lo menos, en el proceso evolutivo y cambiante a que han de estar sometidos, necesariamente, todos los actos y manifestaciones de la vida, la colectiva no menos que la individual. La influencia—la intervención también—norteamericana en la vida de Hispanoamérica es otro de los rasgos, grades, fundamentales, llamativos, de estos tiempos, y de ello han tenido, forzosamente, que salir consecuencias de importancia.

Tampoco es posible comprender la vida de Hispanoamérica sin tener esto siempre en cuenta. Cuando se tropieza con informaciones que dan cuenta de esa confrontación de Gobierno y Sindicatos en la Argentina, de la suspensión de garantías constitucionales venezolanas y la entrada de fuerzas militares en los terrenos de la Universidad Central de Caracas, o del experimento que se ha iniciado en Cuba para *liberar* a las madres del cuidado de los hijos apenas cumplido el primer mes de edad, para dejarlas a ellas en condiciones de dedicarse a otras tareas y a los niños totalmente en manos del régimen, en guarderías, colegios y otros centros de formación cuya actividad promete realmente empezar en la cuna y acabar en el cementerio, ¿no es un absurdo pensar, insinuar siquiera, que la vida, toda la vida de Hispanoamérica, está de una manera u otra condicionada a la posición que Hispanoamérica ocupa en relación con los Estados Unidos?

Acaso sea fácil—peligroso por ello—incurrir en exageraciones y equivocaciones y, por tanto, concluir con la presentación de un panorama de tal modo interpretado que los hechos y características de que está formado ofrecen un aspecto extraño, por grande que sea el esfuerzo hecho por adaptarlos a una realidad objetiva. Pero parece no menos evidente también la existencia a la vez, simultánea, de un estado de dependencia y de conflicto en las relaciones entre los Estados Unidos y la América Hispánica como un todo y que esta situación, que se prolonga, y con ello se agrava, influye en el ambiente y lo condiciona de tal modo que no es posible que deje de tener consecuencias graves para su vida, la colectiva, nacional y regional, no menos que, en fin de cuentas, la individual también.

La circunstancia misma de que desde 1965 no se hubiese celebrado, hasta ahora, sesión alguna de la Conferencia Interamericana que habitualmente solía reunirse una vez cada cinco años, es un *fact of life*, un hecho de la vida de Hispanoamérica que está relacionado de una manera muy directa y permanente con la posición que ocupa en relación con los Estados Unidos. En conferencias y en otras cosas, la nota dominante de estas relaciones es la intervención de una

parte en la otra. Una intervención que no necesita ser directa para tener consecuencias graves, en ocasiones casi intolerables.

Para los Estados Unidos, Hispanoamérica es, reduciendo las cosas a términos tan sencillos que pueden parecer simplistas, un campo de inversión y explotación económica, en el que es conveniente, necesario a ser posible, que se den condiciones favorables para el desarrollo de esas actividades. Para Hispanoamérica, los Estados Unidos son el mercado—o el camino que se ha de seguir para llegar al mercado—en que se puede encontrar salida para las exportaciones, esencialmente características de un tipo o etapa determinada en un estado específico de desarrollo económico.

Con una situación así es conveniente—indispensable tal vez—que todo se ajuste a ciertas necesidades objetivas básicas: la existencia de un ambiente adecuado para la inversión y la explotación económica por un lado, de salida para las exportaciones de materias primas y productos agrícolas por el otro. Pero a esto es posible llegar sólo siguiendo maneras y ajustándose a procedimientos muy distintos y de muy especiales características, de imposición por un lado, de sometimiento por el otro.

Basta pensar en esto para llegar, sin la menor dificultad, a la conclusión de que una de las causas por lo menos, la causa fundamental quizá, de que el ambiente general de Hispanoamérica sea de conmoción, agitación e inestabilidad, con golpes de Estado y revoluciones, con motines, levantamientos e intervenciones, sea la presencia constante y creciente de un factor extraño al ambiente, pero tan poderoso que ha impedido que el original movimiento de independencia de los países hispanoamericanos alcanzase una total realización, como ha solido suceder en otros países y regiones. La tentativa o el esfuerzo por encontrar un nivel de equilibrio y estabilidad en la vida nacional independiente ha caído bajo la acción de una influencia tan fuerte que ha bastado para producir, por lo menos, una desviación considerable. Y para mantener, perpetuar hasta ahora, una sensación de inestabilidad que bien hubiera podido darse por terminada en el momento mismo de la consolidación del nuevo régimen o sistema, al pasar las colonias de España y Portugal en el continente americano al estado de naciones independientes. Lo que en realidad ha venido sucediendo es que el paso no ha sido completo, total y definitivo.

Este es, en realidad, el gran peligro del momento actual. La gran causa de esa notoria—incómodo también—sensación de inestabilidad que es para algunos motivo de honda preocupación, para muchos motivo de asombro. Mientras

no llega, es decir, el momento de habituarse a lo que también se suele definir, al menos por los Estados Unidos, con un *fact of life*, como un hecho de la vida de Hispanoamérica.

* * *

Hace seis años, cuando se creó la Alianza para el Progreso, se llegó a tener la impresión de que todas las dificultades que habían tenido los Estados Unidos en sus relaciones con Hispanoamérica encontrarían al fin rápida y venturosa solución. Con un programa generoso de ayuda, la repetición en cierto modo por allí de lo que, con el Plan Marshall, había dado tan buenos resultados por Europa, y dedicado, es más, a la realización de un programa en el que el desarrollo económico habría de proceder en íntima y armoniosa compañía con un programa de vastas y profundas reformas, se entraría de lleno en la era de unas relaciones amistosas y de verdadera igualdad, algo parecido a lo que pudo animar la política del buen vecino en los días de Franklin D. Roosevelt.

Seis años de experiencia y de fracaso han bastado para dejar a la Alianza para el Progreso convertida, en el mejor de los casos, en una ilusión—en ningún momento se acercó a la realidad la promesa del plan de ayuda de diez años a razón de unos 2.000 millones de dólares anuales, de los cuales sólo una porción muy pequeña se reservaba para las inversiones europeas y japonesas—y en el peor en la manzana de la discordia entre los «humanistas» y los «pragmáticos», que son, en materia de política interamericana de los Estados Unidos, la contrapartida de los *hawks*—gavilanes—y los *doves*—palomos—en lo concerniente a la política de guerra en el Vietnam. Unos insisten en la necesidad de dar una gran prioridad al aspecto social—humanitario—del programa de la Alianza para el Progreso y los otros en la importancia fundamental de las reformas económicas y fiscales, que, en definitiva, van a parar en la creación de un ambiente tan favorable al desarrollo económico que por sí solo—por sus efectos—acaba por convertirse en el atractivo irresistible del capital de inversión extranjero. Es decir, norteamericano.

En estos últimos tiempos se ha podido tener la impresión de que los «humanistas» pudieran estar ganando la partida. Si así fuese, se vería confirmada una vez más la tendencia histórica a dejar que los períodos de reacción vayan seguidos de los períodos de revolución, y viceversa. Después de la actitud, dura y agria, adoptada por los Estados Unidos en relación con Cuba y el fidelismo vino la promesa de una colaboración «revolucionaria» en la Alianza para el

Progreso. Después del abandono en que cayó la gran promesa de ayuda y estímulo para el desarrollo de las grandes posibilidades de Hispanoamérica y las expresiones de una línea de acción esencialmente pragmática, como la intervención militar en la República Dominicana, vienen las tentativas y ensayos, muy tímidos todavía, de buscar alguna satisfacción, por lo menos, a las esperanzas idealistas que hicieron, brevemente, pensar en que John F. Kennedy podía ser, en realidad, el continuador de la obra iniciada y tímidamente desarrollada por Franklin D. Roosevelt.

Y ¿por qué no? Como si se tratase de crear un ambiente favorable para la celebración de esa conferencia interamericana que podría anunciar el comienzo de una nueva era en las relaciones entre los Estados Unidos e Hispanoamérica en la O. E. A., Sol Linowitz—llamado a sustituir muy pronto a Lincoln Gordon como director general de Asuntos Interamericanos en el Departamento de Estado—dispuso que se hiciese un examen nuevo y acabado de todos los aspectos de las relaciones de los Estados Unidos con Cuba. O de la falta de relaciones, mejor dicho, para el presente, para un pasado ya de algunos años y para un futuro de carácter franca y desalentadoramente indefinido. Porque el último embajador norteamericano en La Habana, Philip W. Bonsal, lo había expuesto con tremenda claridad. «No habrá—proclamó—reanudación de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos mientras Castro esté en el poder».

Quedaba descartada hasta la posibilidad misma de que el régimen de Castro evolucionase en el sentido de buscar la aproximación a los Estados Unidos. Las decisiones de poder tomadas desde posiciones de poder suelen dejar poco sitio para la negociación y el diálogo y la transacción. Pero antes de que dejase la Casa Blanca el hombre que parecía decidido a seguir adelante con la heredada actitud de los Estados Unidos hacia la Cuba de Fidel Castro y que había tomado por su parte una decisión tan radical y extremada como el envío de *marines* y paracaidistas norteamericanos a Santo Domingo, por docenas de miles, se produjo la insinuación, por lo menos, de que la política de los Estados Unidos hacia Cuba podría suavizarse.

Hacia ese lado parecía apuntar esa posición de estudio y examen que podía ser la preparación de algún cambio y, mejor todavía, la posterior declaración de mister Linowitz, para informar que la política de los Estados Unidos, tanto como la de la Organización de Estados Americanos (como si, en realidad, pudiese existir la más mínima diferencia entre una y otra), hacia el régimen de Castro debería ser objeto de una *constant re-evaluation*. «Nosotros—añadió. aludiendo a los Estados Unidos y a la O. E. A.—debemos estar listos en todo

momento para modificar nuestra política (hacia Cuba) si una modificación se impusiese».

* * *

Había indicios de cambio, sin duda. En lo que podía ser la policía norteamericana hacia Hispanoamérica y en la propia situación y actitud de Hispanoamérica, John Gunther, en su reciente *Inside South America*, habla de «un continente que está ciertamente al borde de la revolución», de una revolución que no se parece nada, seguramente, a lo que se definía y se defendía en el programa de la Alianza para el Progreso, ya caído en desuso. Añade Gunther que se ha llegado ya a lo que presenta como «un esquema genuinamente prerrevolucionario», porque la gente por allí «busca el cambio y la mejora con tal desesperación que aceptará casi cualquier cosa».

Buena ocasión para demagogos y desaprensivos. Y también para pensar un poco en serio. En cosas como las palabras del jesuita—y sociólogo—Roger E. Vekemans, director del Centro de Investigación y Acción Social de Chile y consejero y amigo del presidente Eduardo Frei: «Sin un cambio social completo y rápido, en una escala auténticamente revolucionaria, no será posible llegar en la América Latina a un desarrollo económico auténtico y rápido; y sin una expansión económica en realidad sorprendente no existe la posibilidad de responder adecuadamente a la crisis revolucionaria que prevalece en la región... La presión ciega e inmediata, aplicada desde fuera, y que no tiene en cuenta la necesidad de cambio social en que está la América Latina, pudiera temporalmente posponer la explosión. Pero si se la demora, la explosión se producirá necesariamente, y cuanto mayor sea la demora, mayor ha de ser su violencia».

El doctor Frei, con su *revolución en libertad*, podría ser en Chile, como el doctor Fernando Belaunde Terry en el Perú, el doctor Rafael Caldera en Venezuela y otros más, el gran instrumento de que se valiese la Alianza para el Progreso con objeto de convertir en realidad las promesas del asesinado presidente de los Estados Unidos, que llegó a decir del día en que se acometió la operación de invasión de Cuba conocida por Bahía de Cochinos, que había sido el más triste de su vida. No hay motivos serios para pensar, sin embargo, que ninguno de estos dirigentes cuente con grandes, significativas simpatías en los medios oficiales de los Estados Unidos. Por lo que sus programas y sus aspiraciones están llamados a tropezar con dificultades mayores y más abun-

REFORMA Y REVOLUCIÓN EN HISPANOAMÉRICA

dantes aún que las que generalmente suelen entorpecer las tentativas de avance de un programa de anchas y profundas reformas. Por lo que puede no quedar más salida práctica que la adaptación a un ambiente incómodo o esperar a lo que pueda suceder.

Por el lado del presidente de Chile apenas hay más que grandes, a veces imponentes dificultades. La obra iniciada es ambiciosa y prometedora y los resultados prácticos alentadores. Pero tareas como la de *chilenización* del cobre, llamada a dejar muy reducida—hasta acabar posiblemente en la extinción—la intervención y la influencia de los intereses extranjeros (norteamericanos) y a dar un gran impulso a los ingresos que por el concepto de explotación de las minas de cobre llegan a la nación y a sus habitantes, han sido torcida, maliciosamente interpretadas y utilizadas para hacer contra él una campaña con intenciones demoledoras. Porque en Chile, como en Cuba, no hay calificativo de insinuaciones populares más peyorativas que el de amigo y servidor de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo que por los Estados Unidos se hace más insistente la crítica de Frei, a quien se acusa de buscar en el antagonismo político e ideológico con los Estados Unidos, cuyo origen y fuerza principal están en Europa, un elemento de frescura y vitalidad para su programa político y social—el establecimiento de relaciones económica y financieramente importantes con la Unión Soviética es una buena indicación—dentro de su propio país se agranda a la vez que se deforma la verdadera significación de medidas y gestiones como las negociaciones, ya en gran parte concluidas, para la *chilenización* del cobre y para hacer una visita al presidente de los Estados Unidos, a lo que el Senado se negó al votar contra la autorización solicitada en cumplimiento de un trámite constitucional.

El tiempo es raras veces el aliado de un gobernante que presiente la necesidad apremiante de reformas, pero que encuentra grandes dificultades para su adopción y aplicación. En el caso de Chile es mucho el tiempo que se ha perdido ya en debates y discusiones que habrían sido mucho menos malos de no haber sido nada más que estériles.

Chile es uno de los países sudamericanos de mayor estabilidad y desarrollo económico. Eso, por lo menos, dicen las estadísticas, que hablan de una renta anual por individuo de 687 dólares, la tercera de Sudamérica, después de Venezuela y la República Argentina, lo suficientemente alta ya, eso se dice, para sacarlo de la columna de los países no sólo subdesarrollados, sino en vías de desarrollo, y colocarlo en la columna superior, aunque sea para dejarlo, de

momento, en los últimos puestos. En cuanto al volumen de la ayuda norteamericana a lo largo del año fiscal último—el de 1965-1966—se le encontró situado en el segundo lugar (el primero, con una gran diferencia, fue para la República Dominicana), con 13,40 dólares por habitante, lo cual no es nada despreciable.

Pero aunque las condiciones han sido en los últimos años más favorables para Chile que para muchos otros países cuya economía descansa de manera decisiva sobre un artículo o dos de exportación, el diagnóstico general no es satisfactorio ni mucho menos. No puede serlo en un país que no hace tanto tiempo todavía se bastaba a sí mismo en la producción de alimentos y en la actualidad necesita hacer importaciones del orden de los 150 millones de dólares. En el caso de Chile, de Bolivia, de Venezuela, de Cuba, no sólo se necesita hacer una gran importación de productos manufacturados, que es lo tradicional, según la definición clásica en los países no industrializados, a cambio, es de suponer, de las exportaciones de materias primas, salidas del campo y de la mina, a precios casi siempre más bajos, en términos comparativos, que los de los artículos de importación, sino que se han de importar también grandes cantidades de víveres.

En Chile, al igual que en otros países hispanoamericanos, actúan con gran fuerza factores que de momento conducen a situaciones de acusado desequilibrio. Y, en consecuencia, inestabilidad.

* * *

La inestabilidad es, en mayor o menor medida, nota saliente de la vida en Hispanoamérica. Lo acusa con mayor fuerza la fluctuación—depreciación constante más bien—en el valor de la moneda que la mayor o menor actividad guerrillera o la mayor o menor frecuencia de los golpes de Estado. A la vista del curso que sigue el valor de la divisa de este país o el otro, la insuficiencia o el fallo total de lo que se hace en ciertas direcciones, la política en particular, resulta menos incomprensible. Porque las causas fundamentales del mal están fuera del alcance y control de cualquier régimen y forma de gobierno, lo mismo da que se hable de Cuba que de la República Argentina, del Brasil que de Nicaragua.

El orden que se dice ha puesto el régimen salido de la Revolución de Abril en el Brasil no ha impedido que el valor del cruzeiro siguiese perdiendo terreno con posterioridad al golpe que puso fin al sistema constitucional de

Joao Goulart, el último día de marzo de 1964; que es lo que había venido sucediendo antes, aunque fuese a una velocidad acaso un poco superior. Pero lo que ha seguido sucediendo después resulta, desde este punto de vista, tan alarmante que es difícil encontrar motivos de optimismo y menos todavía de satisfacción en lo que ha venido sucediendo después. Tomando 100 como el punto de partida, en 1958 la divisa brasileña ha sufrido una depreciación de mucho más del 2.500 por 100 para el momento en que se decidió, al fin, establecer el «cruceiro fuerte», con un valor nominal de 1.000 cruzeiros anteriores y apenas pasa de la tercera parte del valor de un dólar—37,5 centavos de dólar en el momento de realizarse la operación—, lo cual hace pensar en unos comienzos desalentadores para lo que se había soñado con convertir en el retorno definitivo de la nación a las formas democráticas y constitucionales de gobierno, con la toma de posesión de la presidencia, el 15 del pasado marzo, del mariscal Artur da Costa e Silva.

Algo parecido ha venido sucediendo en la República Argentina, donde el peso ha perdido, en el mismo espacio de tiempo, más del 800 por 100 de un valor que no gozaba en 1958 de una extraordinaria confianza, para experimentar dos nuevas devaluaciones desde la caída del presidente Illía, el 28 de junio de 1966. Poco más o menos, es lo que ha venido sucediendo, con golpes de Estado o sin ellos, con actividad guerrillera o sin ella, a lo largo de todo el mundo hispanoamericano con pocas, contadas excepciones. Una de ellas es Méjico, el país que ocupa una posición en cierto modo única por el mundo hispanoamericano, y que sólo por eso merecería una atención especial, lo que no resulta posible en lo que sólo aspira a presentar y resumir la situación de una manera muy general y, acaso inevitablemente, poco satisfactoria también.

Cuando se piensa en Méjico resultan inevitables ciertas consideraciones previas. Como el hecho de que ha pasado ya por su propia revolución, de larga, sangrienta y dislocadora duración, de la que ha ido surgiendo un panorama en el que es posible encontrar muchos detalles de acusada originalidad. Cuando se piensa en Méjico con un régimen que es, al menos en la práctica, de partido único, no estaría demás pensar que la revolución mejicana es anterior, en los comienzos, junto con la mayor parte de su obra, a la que se produjo en Rusia en 1917. Y cuando se piensa en la situación de tremenda dificultad en que se encuentran—se han encontrado, más bien—los Gobiernos hispanoamericanos que no han visto con simpatía lo que se produjo en Cuba, pero que tampoco han querido aceptar de buen grado la deci-

sión norteamericana de imponerles la ruptura de toda clase de relaciones, diplomáticas y económicas, políticas y comerciales, Méjico sigue siendo el único país de Hispanoamérica que todavía no ha roto las relaciones diplomáticas con La Habana.

Podría llamar también la atención el hecho de que Méjico adoptó de una vez una radical reforma financiera, de la que formó parte una apreciación realista de los problemas planteados y que la proximidad a los Estados Unidos, junto con otros factores, naturales o artificiales, ha estimulado mucho el desarrollo de una corriente turística que se ha convertido en el elemento básico para la estabilidad de la balanza de pagos en un país donde, como es normal por Hispanoamérica, la dependencia del exterior para cosas de mucha importancia, las importaciones sobre todo, había tenido repercusiones desfavorables en la vida financiera nacional. Hasta donde el turismo y la importancia de las inversiones norteamericanas puede influir seriamente en la vida mejicana pudo advertirse con claridad en la primera parte de la década anterior, cuando una caída fuerte en la llegada de visitantes norteamericanos y una rápida, casi apresurada, y abundante salida de capitales hizo pensar en el comienzo de un nuevo periodo de serias dificultades en las relaciones con los Estados Unidos y en los comienzos de una crisis económica posiblemente grave en el interior del país.

En cualquier caso, Méjico es la demostración, por lo menos, de que en el mundo actual no resulta imposible el desarrollo de una política de independencia nacional aun en circunstancias objetivamente muy desfavorables. Lo cual pudiera insinuar por lo menos la existencia de influencias que condicionan de una manera no siempre desfavorable el ambiente en que ha sido posible, hasta ahora, ejercer una presión como esa que ha movilizado a todo el mundo hispanoamericano, con una sola excepción, a secundar y suscribir la decisión norteamericana de aislar al régimen castrista de todo contacto directo y normal con el resto de los países de un mismo origen, una misma lengua y análogas tradiciones. A pesar de que al hacerlo podía de hecho llegarse a la renuncia de lo que ha parecido históricamente ser la mayor y más constante de las preocupaciones de Hispanoamérica en sus relaciones con los Estados Unidos: el buscar la renuncia—la condena también—individual y colectiva de la intervención en todas y cualesquiera de sus formas posibles, directas o indirectas.

* * *

Hasta un país como Venezuela, con una moneda, el bolívar, que durante años gozó de una cotización ventajosa en relación con el dólar, para alcanzar incluso el punto en que pudo estar considerado como la divisa más fuerte del mundo, ha empezado a conocer los efectos de lo que si no es todavía, ni mucho menos, causa de seria debilidad para su moneda, es en cualquier caso un motivo de alguna preocupación para el futuro.

Aquí entra en juego un factor nuevo o especial, porque Venezuela es, al igual que muchos otros países hispanoamericanos y en mayor escala que cualquiera de ellos, productor de pocos, uno casi siempre, artículos de exportación. La monoproducción de que tanto se ha hablado ha alcanzado el punto más alto de desarrollo, por el continente americano, en Venezuela. El 93 por 100 de sus exportaciones en 1965 correspondía a una sola mercancía, el petróleo.

Al hablar del Brasil, cuya dependencia del artículo básico de su comercio exterior, el café, es evidente (representó en ese mismo año el 44 por 100 de todas las exportaciones), y más aún de Colombia (donde llegó al 64 por 100), como al hablar de Chile, donde las divisas recibidas en pago de la exportación de un solo artículo, el cobre, subieron en 1965 al 66 por 100 del total, o de la Argentina, con la carne convertida en la principal fuente de divisas, con un 25 por 100 de las exportaciones totales, resulta más fácil, irresistible quizá, establecer una relación directa entre este tipo de comercio de exportación, fuertemente dominado por una sola mercancía o unas pocas, de ciertas características económicas, y esa situación de debilidad monetaria que acentúa mucho el estado de desequilibrio en que se encuentran normalmente las relaciones comerciales entre los países no desarrollados industrialmente y los que han alcanzado un alto grado de industrialización. No hace falta hablar de lo que ha sido objeto de estudios y comentarios y campañas a lo largo de los años: esa posición desventajosa en que se encuentran los países que exportan productos del campo y la mina, materias primas y alimentos, para poder importar productos manufacturados, a causa de la mucha y desfavorable diferencia que suele existir entre unos precios y otros. En el precio o en la cantidad o en ambas cosas a la vez.

Sólo hace falta pensar en este momento y ocasión en la situación en que se encuentran, se vienen encontrando desde poco después de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, en mayor o menor medida, los países esencialmente exportadores de unos productos tradicionalmente destinados a pasar por procesos de transformación en los países altamente industrializados

o a servir para la alimentación de sus habitantes. Una situación que ya se dio en circunstancias parecidas unos pocos años antes, en el período entre las dos guerras, que ha coincidido—precedido un poco—con el período de mayor inestabilidad política que había conocido Hispanoamérica hasta entonces, desde los días de las guerras de independencia.

La posición desde este punto de vista es de una debilidad que se ha ido demostrando y comprobando a lo largo de los años de contacto con una experiencia dura y amarga. Se ha agravado mucho durante la última postguerra a causa de la enorme influencia, parece evidente, que ha llegado a tener el ambiente norteamericano, convertido en un centro de actividad industrial del que sale más de la mitad de todos los productos manufacturados y donde no haría falta que se diese ninguna circunstancia especial o agravada para que una posición así se dejase sentir en forma decisiva sobre los mercados, tanto abastecedores como consumidores, de una gran parte del mundo. Ya sea comprando materias primas o vendiendo productos industriales, la posición de un centro como ése ha de ser necesariamente muy fuerte.

Estas condiciones han podido acentuarse, agravarse, y se han acentuado y agravado, a medida que, con el desarrollo y aprovechamiento de una posición así, los Estados Unidos han alcanzado un alto grado de organización y, en definitiva, monopolio de muchas actividades comerciales. Haciendo no sólo posible, sino necesario, que otros países compradores como ellos de materias primas y otros artículos característicos de la economía no industrializada tengan que depender de sus mercados y de sus organizaciones para el mejor, más adecuado acceso a los mercados primarios.

Lo que viene sucediendo con el café, cuyos precios han experimentado un descenso ruinoso el año pasado y en lo que a Hispanoamérica concierne basta con que el precio caiga en un centavo por libra—el valor y el peso a que normalmente se cotiza este producto en la Bolsa de mercancías de Nueva York—para que los ingresos en divisas de los países exportadores experimenten un descenso de 50 millones de dólares. Al ver lo que ha venido pasando no ya en 1966, cuando la caída en el precio de esta mercancía fue de alrededor de la quinta parte, sino durante una gran parte de toda la postguerra, y al tener en cuenta la importancia que las exportaciones de esta clase tienen para Hispanoamérica se comprende sin dificultades la relación que hay, tan directa, entre estas exportaciones y el intranquilizador ambiente de inestabilidad política que está en evidencia por toda esa porción del mundo.

En este cuadro desolador, al que alguna vez se ha hecho alusión hasta

en los puestos de la más alta responsabilidad, como cuando el propio presidente Johnson habló de la necesidad de buscar alguna solución al problema que supone el ver que la ayuda, cualquier ayuda, que pudieran prestar los Estados Unidos en estos tiempos a Hispanoamérica, corre el riesgo de verse más que neutralizada con las consecuencias ruinosas de la caída en el precio de los artículos básicos de su comercio de exportación, hay sólo dos excepciones en los momentos actuales. Una es Venezuela, pero su artículo de exportación, el petróleo, es cosa muy especial en un mundo donde todavía el consumo de este combustible sube con espectacular rapidez y en el que Venezuela ocupa una posición privilegiada—no siempre enteramente favorable, además—por sus relaciones con los intereses poderosos que monopolizan el mercado del petróleo en el mundo occidental. La otra es el Perú, que ha convertido la harina de pescado en su principal artículo de exportación—sube casi a la cuarta parte del comercio de exportación del país—y cuya política de inversión ha facilitado la entrada de capitales importantes para el desarrollo de la producción minera, el aprovechamiento del agua para el riego y generar electricidad, etc., lo que ha tenido como consecuencia, al menos en años recientes, un alto grado de estabilidad financiera, el más alto de los países sudamericanos, con la excepción de Venezuela. También pudiera llegar a ser Chile otra excepción, a pesar de la importancia que tiene el cobre como artículo de exportación. En este caso, como en el del petróleo, aunque por razones no enteramente análogas, las condiciones del mercado son bastante más favorables para los países productores y los precios se mantienen a niveles muy altos, lo suficiente para producir grandes rendimientos y garantizar la entrada de abundantes divisas.

Con todo, aun en el caso de los países sudamericanos que se encuentran con perspectivas más favorables, la situación es en general muy poco satisfactoria. Lo dice esa tendencia alarmante a la inestabilidad financiera, con consecuencias ruinosas para la población en general. Cada nuevo proceso de devaluación monetaria supone, en las condiciones actuales de la vida económica de todo un mundo en estado de acusada dependencia del mercado exterior, una depresión adicional del nivel de vida, ya nada extraordinariamente elevado.

A la tremenda desventaja que supone la exportación de productos básicos a mercados deprimidos, para hacer ventas a precios que se acercan peligrosamente cuando no se sitúan francamente por debajo del costo de producción, se añade necesariamente la grave y creciente desventaja de una deva-

luación que reduce de manera constante y efectiva el valor adquisitivo del dinero. Así, a tiempo que la devaluación suele producir la ficción de un aumento en el precio local de los artículos de exportación, al subir automáticamente el número de las monedas que son necesarias para alcanzar el valor de un dólar, con lo que resulta tentadora la idea incluso de reducir el precio de las mercancías expresado en dólares, para estimular las exportaciones y a mantener alto o constante el nivel de la entrada de divisas por este concepto, por el lado de las importaciones se produce un encarecimiento inmediato y sensible.

Y en muchos casos ya es necesaria no sólo la importación de productos manufacturados, sino de muchos víveres también; con frecuencia creciente, incluso de materias primas para mantener y continuar desarrollando una industria con claras tendencias al crecimiento. Por lo que ese nuevo desnivel resultante de la posición del patrón monetario nacional en el mercado internacional es más desventajoso todavía.

* * *

Mucha, sin duda, de la evidente inestabilidad política de un continente está reflejada—es el producto más bien—en la inestabilidad financiera que coloca al peso o al cruzeiro o al guaraní en una posición de dramática y angustiosa desventaja en relación con el dólar. En relación con la moneda en la cual se han de hacer necesariamente las cotizaciones y las transacciones sobre la mayor parte, con mucho, de los artículos de exportación de Hispanoamérica.

Los intentos hechos por corregir este estado de desequilibrio mediante la concesión de una ayuda norteamericana importante, hasta alcanzar casi los 2.000 millones de dólares anuales, según el programa de la Alianza para el Progreso, han fracasado lamentablemente hasta ahora. El fracaso debería de haber parecido inevitable desde el primer momento. Por dos razones principales:

Ante todo, porque la ayuda oficial representa, en relación con Hispanoamérica, una competencia con el capital de inversión privado. La tendencia de la ayuda oficial a actuar a través de organismos oficiales o de estar influenciada por necesidades y consideraciones de un carácter oficial—esencialmente político—reduce por lo menos las perspectivas de inversión del capital privado. Y el capital privado norteamericano ha establecido, a lo largo

REFORMA Y REVOLUCIÓN EN HISPANOAMÉRICA

de muchos años, posiciones absolutamente dominantes en Hispanoamérica. Con frecuencia, además, la ayuda concedida en el pasado a Hispanoamérica ha sido destinada, en un porcentaje considerable, a la creación de condiciones consideradas como necesarias para facilitar la entrada de capital de inversión, lo que en la práctica podría quedar reducido, en realidad, a facilitar la salida del capital que sentía la necesidad de repatriarse, por concepto de beneficios, de intereses o de amortización y hasta liquidación, con lo que al principio en cualquier caso podría muy bien producirse una corriente de capitales que era tan grande o mayor en el sentido de la salida más bien que de la entrada de unos fondos que se consideraban absolutamente necesarios. Una situación así podía verse muy agravada con la huída, sencillamente, de capitales nativos, con el desarrollo de un fenómeno que se da con frecuencia —siempre más bien—y que en realidad es inevitable en situaciones de gran inestabilidad y desequilibrio.

La otra razón poderosa es que una política de ayuda como la que se ha venido desarrollando en las relaciones de los Estados Unidos con Hispanoamérica no ha tenido en cuenta, más allá de alguna que otra declaración sobre el problema y de alguna medida tomada, no siempre con verdadera eficacia, en años recientes, el peligro que supone la exportación de mercancías a precios bajos, depreciados y con una tendencia a menudo irresistible a continuar bajando. Lo que está sucediendo con el café y con el azúcar es demasiado bien conocido para justificar aquí otra cosa que la mención del fenómeno, que disipa por un lado todo lo que es posible, a veces bastante más, recibir por el otro. Desde este punto de vista, a lo más a que puede aspirar un programa de ayuda como el que se ha propuesto, más bien que aplicado, hasta ahora, es a mitigar o compensar el quebranto que para la economía—y la vida—de Hispanoamérica supone el mantener un comercio de exportación en esas desventajosas condiciones.

* * *

No haría falta pensar, para llegar a conclusiones desalentadoras, en la carga adicional que, a la larga, supone la continuación con carácter indefinido de una política en la que, a lo sumo, la ayuda exterior es una especie de compensación—deficiente a menudo—por el sacrificio que supone el mantenimiento de un comercio de exportación en condiciones tan desfavorables para unos, tan ventajosas para otros, que casi se podría llegar al extremo

de considerar esa ayuda como una especie de subvención concedida no a los exportadores hispanoamericanos, sino a los compradores y a los intermediarios de los Estados Unidos y otros países que reciben de Hispanoamérica mercancías primarias. Para aumentar de manera fantástica el volumen de unas ganancias ya casi siempre razonablemente elevadas. Porque esto sería, en realidad, una manera de seguir adelante con un sistema cuya característica más acusada es el desequilibrio.

La causa fundamental de ese estado de notorio desequilibrio económico en que se encuentra Hispanoamérica no sólo persiste, sino que tiende a ir en aumento. Cuando se habla del rápido, espectacular a menudo, crecimiento de la población como el gran problema del mundo no industrializado, se suele hacer un hincapié excesivo en lo que se ha llegado a calificar como el peligro de la explosión de la bomba demográfica que está haciendo aumentar la población del mundo a un ritmo muy por encima del seguido por los medios de alimentación. Se quiere insinuar con ello la entrada en acción de fuerzas que tienen algo de sobrenatural. O, en cualquier caso, de anormal, a pesar de tratarse de una cuestión que carece, en realidad, de originalidad. Se trata de definir el problema en términos generales y ajustados a la tradicional fórmula del crecimiento de la población a tal ritmo que no existe la menor posibilidad de que los medios de sostenimiento puedan tener un crecimiento aproximado.

Cualquiera que sea el fundamento de semejante teoría, expresada en términos generales, la situación en que se encuentra hoy Hispanoamérica es muy distinta. Sin salir de Sudamérica es posible encontrar para el futuro y durante muchos años todavía, medios prácticos para el sostenimiento de una población varias veces por encima de la actual sin tener que adoptar medidas especiales de restricción por un lado, de importación por el otro.

No sólo son poco menos que ilimitadas las posibilidades agrícolas de todo un continente con vastas porciones de un suelo fértil poco o nada aprovechadas, sino que hay perspectivas francamente optimistas por el lado de la mecanización y la racionalización de las explotaciones agrícolas para aumentar muchas veces el rendimiento actual. Lo que se apunta nada más en el Brasil y en Colombia, con el programa de reducción de los cafetales para iniciar un proceso de diversificación de cultivos y, de esta manera, acometer una política doblemente favorable, pues a tiempo que se abren perspectivas de reducción de la cantidad de café en condiciones de ser exportado y de ejercer así una influencia francamente depresora sobre los precios, se aumentan las posibilidades de satis-

REFORMA Y REVOLUCIÓN EN HISPANOAMÉRICA

facción de las necesidades de productos agrícolas dentro de las propias fronteras nacionales, podría ser el comienzo de una política que para ser eficaz habría de hacerse en escala continental.

Unas estadísticas recientes explican gráficamente la situación desde este punto de vista. Acaso valdría la pena reproducirlas aquí. Se trata de establecer una relación entre la agricultura y la población, entre el rendimiento de la tierra y el aumento de los habitantes que, al menos en teoría, viven de ella. Los porcentajes en que se resumen expresan el crecimiento anual medio tanto en lo que concierne a la población como al producto de la tierra en el período que va desde los años de 1945-1948 a los años 1958-1960.

Esta es la situación:

P A I S E S	Población	Producción agrícola
	Porcentaje	Porcentaje
Argentina	2,1	1,0
Bolivia	2,0	1,3
Brasil	2,9	3,9
Colombia	2,8	2,5
Chile	2,2	1,8
Ecuador	3,0	7,2
Paraguay	2,4	1,5
Perú	2,3	2,9
Uruguay	1,6	1,4
Venezuela	3,7	4,6

Al verse proyectado ahora el nombre de Hispanoamérica sobre un plano de cierta actualidad, a causa de esas conferencias, algunas celebradas ya, otra a punto de celebrarse o celebrada también cuando tenga el lector ocasión de llevar la atención hacia estas páginas, todo es hablar de reformas, de proyectos y de la necesidad de hacer algo. Sin olvidarse, por supuesto, de fijar algún tanto—un gran tanto, casi siempre—de culpa en quienes son los grandes y directos responsables de haber puesto los cimientos y, es más, de haber creado las condiciones que hacen tan difícil la vida para la inmensa, abrumadora mayoría de la población de Hispanoamérica. La culpa de todo, en el fondo, la

tiene un sistema que ha dejado España como herencia en los países que en un tiempo formaron parte del mayor de los imperios entonces conocido. De eso se oye hablar a diario.

Todos los presidentes de los Estados Unidos, desde James Monroe para acá, por lo menos, han pensado también, es casi seguro, en algún momento de su vida, en que su política interamericana habría tropezado con menos dificultades y, en particular, menos resistencias, de no haber sido por la tradición que dejó España por allí. Hasta Truman y Kennedy, por no ir más atrás, sintieron la necesidad de hablar alguna vez en la actitud de quien sólo puede sentir desprecio hacia la «oligarquía» que tomó las riendas que España soltó y ha seguido con ellas en la mano, para conservar y perpetuar un sistema que apenas es otra cosa que lo que España se vio en la necesidad de abandonar, de dejar atrás. Para desembocar en lo que parece ser una conclusión inevitable: hacer lo posible por dejar a la influencia norteamericana que se esparza por el ambiente y opere la transformación revolucionaria de que está tan necesitado.

Porque, para hacer hincapié en la necesidad de grandes cambios en que se encuentra Hispanoamérica, un conocido especialista norteamericano, George C. Lodge, seriamente preocupado por lo que pueda muy bien suceder por allí, arranca de la observación hecha por el obispo Mark G. McGrath, dedicado durante años al desarrollo de un importante programa de reforma y experimentación económica y social en Panamá. «Imagínense—escribió el obispo McGrath—a la Iglesia en su ambiente paternal, en el cual todo estaba en su sitio; Dios en el cielo, el rey en España, el gobernador en la provincia, el patrón en su hacienda, cada trabajador en su casa con su mujer y sus hijos y el sacerdote que venía y prestaba atención espiritual a las necesidades del pueblo». Para advertir entonces Mister Lodge: «Salvo en lo tocante al rey en España, éste es todavía el cuadro real de la vida en muchas zonas de la América Latina».

Pero lo que nadie se ha atrevido todavía a preguntar es qué ha sido de la influencia, a menudo tan decisiva, de los Estados Unidos, una influencia que no ha tenido bastante con ejercer un control poco menos que absoluto de la vida económica de Hispanoamérica en sus rasgos básicos, sino que incluso ha impuesto en repetidas ocasiones y en algunas partes de ella su autoridad y su dominación directa, ejercida con frecuencia a lo largo de años de intervención militar y administrativa. En ocasiones, como en el caso de Cuba, esta intervención tuvo realidad directa en el momento mismo de darse por terminada

la guerra de la independencia, con lo que se habría tenido una ocasión ideal para disponer—tratar de ello, por lo menos—y ordenar la forma y dirección que habrían de tener las instituciones básicas y la organización política y social de una vida independiente que no había hecho más que empezar.

Cargar sobre España la culpa toda por la situación a que se ha llegado cuando hace siglo y medio, en muchos casos, que la presencia de España ha desaparecido, y otro tanto, o poco menos, en que empezó a sentirse la influencia de los Estados Unidos, que no ha dejado de ir subiendo desde entonces, resulta un poco extraño, sin duda.

Es verdad que en la antiplanicie boliviana se solía engañar al estómago mascando hojas de coca mucho antes de que se pudiese hablar de la influencia norteamericana por allí y por otras partes de Hispanoamérica. Pero la realidad del momento actual es que la influencia—la presencia también—de los Estados Unidos fue orientando—desviando más bien—la revolución boliviana de 1952, hasta acabar en una situación que hace pensar en el retorno en cierto modo a un estado de cosas un poco parecido al que existía con anterioridad y sin que los humildes bolivianos dejasen de engañar el estómago como lo habían venido haciendo de generación en generación. Y sin que, más doloroso todavía, exista la menor perspectiva de que puedan dejar de hacerlo en todo lo que, partiendo de la situación actual, fuese posible hacer del presente una proyección hacia el futuro.

Se habla de grandes planes y de ambiciosos proyectos, de una ayuda norteamericana orientada hacia una Hispanoamérica agrupada en su totalidad en un Mercado Común que repita por allí la obra extraordinaria que una organización parecida está terminando en una porción de la Europa occidental, lo cual, para empezar, desplaza automáticamente hacia un buen número de años aún por venir la necesidad de tener que hacer algo eficaz en el presente, y se habla—se ha acordado más bien—de introducir grandes cambios y reformas en la Organización de Estados Americanos, pero todo o casi todo tiende—ha tendido hasta ahora—a girar en torno de las mismas cuestiones. En torno al problema de la ayuda, que unos quieren mantener de actualidad permanente y otros buscan evitar que se hable de ello o influir para que se hable, en cualquier caso, lo menos posible, y en torno a la cuestión eterna de la intervención, que se pretendió «institucionalizar» mediante la creación de una fuerza militar interamericana con carácter permanente y que ha sido el fondo mismo de los proyectos y propuestas de reforma de la O. E. A., hasta que los propios Estados Unidos produjeron la impresión de perder interés por algo

que no podía, parecía evidente, salir adelante. No por ahora, en cualquier caso.

De ahí la sorpresa que produjo el ver planteada la cuestión en la III Conferencia Extraordinaria de la O. E. A. celebrada en la última parte del pasado febrero en Buenos Aires. Fue la Argentina, no el Brasil, como se había llegado a pensar, la que se encargó de presentar la cuestión, para encontrarse con la sorpresa, situación un tanto asombrosa, de que hasta el representante brasileño, Juracy Magalhaes, llegase a declarar: «Yo creo que no existe todavía un clima favorable».

Nada de particular tenía que delegados como el uruguayo advirtiesen que jamás aceptarían la creación de semejante fuerza militar, porque, en fin de cuentas, ¿qué es el Uruguay en estos momentos? Pero aquella propuesta argentina fue derrotada por once votos contra seis, después de una agria discusión. Con un ambiente así y con el acuerdo favorable a la realización de una política de desarme—no sólo nuclear, como se acordó recientemente—que parece orientada en el sentido de evitar una ruinosa carrera armamentista, había escasas posibilidades de que la propuesta conferencia de presidentes pudiese culminar en alguna decisión realmente significativa.

JAIIME MENENDEZ